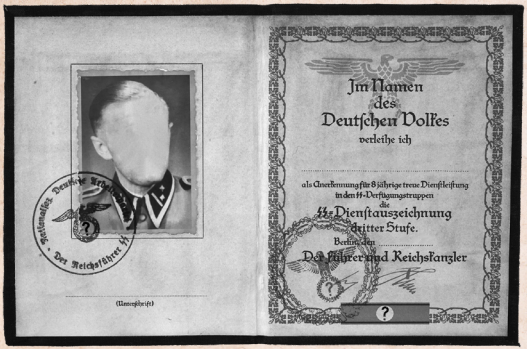
Im Namen
des
Deutschen Volkes
verleihe ich
als Anerkennung für 8jährige treue Dienstleistung
in den SS-Verfügungstruppen
die
SS-Dienstauszeichnung
dritter Stufe.
Berlin, den
Der Führer und Reichskanzler
?
(Unterschrift)
?

DOROTHY THOPMSON
Lancaster, Nueva York.
9 de julio de 1893 — 30 de enero de 1961
Periodista, locutora radial y feminista estadounidense. Hija de un ministro metodista, estudió en el Lewis Institute de Chicago y en la Universidad de Siracusa, donde se graduó y formó parte del movimiento sufragista.

Se trasladó a Europa para promover el periodismo femenino orientado al servicio de la mujer. Se hizo famosa por haber conseguido una entrevista con la emperatriz Zita de Austria tras el intento fallido del emperador Carlos de recuperar el trono en 1925.

En 1925 fue nombrada corresponsal en Berlín por el New York Evening Post y el Philadelphia Ledger, y a finales de 1931 consiguió entrevistar a Adolf Hitler. Pero a consecuencia de sus críticas al régimen nazi fue expulsada de Alemania en el verano de 1934, el primer periodista extranjero expulsado del país.

«El miedo crece en la oscuridad. Si crees que hay un hombre del saco cerca, prende la luz»

I

Es un juego interesante y algo macabro para jugar en una reunión con conocidos: especular quién, en un enfrentamiento, se volvería nazi. A estas alturas, creo que lo sé. He pasado por esta experiencia muchas veces, en Alemania, en Austria y en Francia. He llegado a conocer los tipos: los nazis de nacimiento, los nazis que la democracia misma ha creado, los que seguramente serían compañeros de viaje. Y también conozco a aquellos que nunca, bajo ninguna circunstancia concebible, se convertirían en nazis.

Es absurdo pensar que están divididos por características raciales, y puede ser, que los alemanes sean más susceptibles al nazismo que la mayoría de la gente, pero lo dudo. Los judíos están excluidos, pero se trata de una decisión arbitraria. Conozco a muchos judíos que nacieron nazis y muchos otros que aclamarían a Hitler mañana por la mañana si tuvieran la oportunidad. Hay judíos que han repudiado a sus propios antepasados para convertirse en «arios honorarios y nazis»; hay judíos pura sangre, que han ingresado con entusiasmo al servicio secreto de Hitler. El nazismo no tiene nada que ver con raza y nacionalidad. Atrae a cierto tipo de mentalidad.

Es también, en gran medida, la enfermedad de una generación: la generación que era joven o no había nacido al final de la última guerra. Esto es tan cierto para los ingleses, franceses y estadounidenses como para los alemanes. Es la enfermedad de la denominada «generación perdida».

A veces pienso que hay factores biológicos directos en juego: un tipo de educación, alimentación y entrenamiento físico que ha producido un nuevo tipo de ser humano con un desequilibrio en su naturaleza. Ha sido alimentado con vitaminas y colmado de energías que están más allá de la capacidad de su intelecto para disciplinarlo. Ha sido tratado con formas de educación que lo han liberado de inhibiciones. Su cuerpo es vigoroso. Su mente es infantil. Su alma se ha descuidado por completo.

En cualquier caso, miremos alrededor de la habitación.

El caballero que está parado junto a la chimenea con un vaso de whisky casi intacto a su lado sobre la repisa de la chimenea es el Sr. A, descendiente de una de las grandes familias estadounidenses. Nunca ha habido un Libro Azul estadounidense, sin personas con su apellido

en él. Es pobre y se gana la vida como editor. Ha recibido una educación clásica, tiene un gusto cultivado por la literatura, la pintura y la música; no tiene ni una pizca de esnobismo; tiene humor, cortesía e ingenio. Fue teniente en la Guerra Mundial. Es republicano en política, pero votó dos veces por Roosevelt, la última vez por Willkie. Es modesto, no especialmente brillante, un amigo fiel y un hombre que disfruta mucho de la compañía de mujeres bonitas e ingeniosas. Su esposa, a quien adoraba, ha muerto y nunca volverá a casarse.

Nunca ha llamado la atención por valentía excepcional. Pero pondría las manos al fuego, porque nada en el mundo lo haría convertirse en nazi. Le desagradaría mucho luchar contra ellos, pero nunca podrían convertirlo... ¿Por qué no?

A su lado está el Sr. B. Un hombre de su misma clase social, graduado de la misma escuela y universidad. Rico, deportista, propietario de una famosa cuadra de carreras, vicepresidente de un banco, casado con una conocida belleza de la alta sociedad. Es un buen tipo y muy popular. Pero si Estados Unidos se volviera nazi, él ciertamente se uniría, y pronto. ¿Por qué?... ¿Por qué lo uno y no lo otro?

El Sr. A tiene una vida que se establece de acuerdo con una determinada forma de comportamiento personal.

Aunque no tiene dinero, su modesta distinción y educación siempre le han asegurado una posición. Nunca ha estado involucrado en una dura competencia. Es un hombre libre. Dudo que alguna vez en su vida haya hecho algo que no quisiera hacer o algo que estuviera en contra de su código. El nazismo no encajaría con sus normas y nunca se ha acostumbrado a hacer concesiones.

El Sr. B ha superado sus capacidades reales gracias a su salud, su buena apariencia y su buena capacidad para mezclar. Se casó por dinero y ha hecho muchas otras cosas por dinero. Su código no es suyo; es el de su clase: ni peor ni mejor. Él encaja fácilmente en cualquier patrón que tenga éxito. Ésa es su única medida de valor: el éxito. El nazismo, como movimiento minoritario, no le atraería. Como movimiento con posibilidades de alcanzar el poder, lo haría.

El hombre saturnino que está por allá, hablando con una encantadora emigrada francesa, ya es un nazi. El Sr. C es un intelectual brillante y amargado. Fue un pobre muchacho sureño de la clase baja —*white trash*—, becado en dos universidades, donde obtuvo todos los honores académicos, pero nunca fue invitado a unirse a una fraternidad. Sus brillantes dotes le valieron sucesivamente puestos en el gobierno, la participación en un importante bufete de abogados y, finalmente, un trabajo muy bien

pagado como asesor en Wall Street. Siempre se ha movido entre gente importante, pero siempre en la periferia. Sus colegas han admirado su cerebro y lo han explotado, pero rara vez lo han invitado a cenar, a él o a su esposa.

Es un esnob que detesta su esnobismo. Desprecia a los hombres que lo rodean —desprecia, por ejemplo, al Sr. B— porque sabe que lo que ha tenido que lograr mediante un trabajo incansable, hombres como B lo han logrado conociendo a las personas adecuadas. Pero su desprecio está inextricablemente mezclado con envidia. Incluso más de lo que odia la clase a la que ha ascendido inseguramente, odia a la gente de la que proviene. Odia a su madre y a su padre por ser sus padres. Detesta todo lo que le recuerda sus orígenes y sus humillaciones. Es amargamente antisemita porque la inseguridad social de los judíos le recuerda su propia inseguridad psicológica.

Ha borrado por completo la compasión de su naturaleza, y nunca ha conocido la alegría. Tiene una ambición amarga y ardiente: ascender a tal eminencia, que nadie pueda humillarlo, nunca más. Pero no para gobernar, sino para ser el gobernante secreto, moviendo los hilos de las marionetas creadas por su cerebro. Algunos de ellos ya hablan su idioma, aunque nunca lo han conocido.

Allí está sentado: habla de forma torpe, no con soltura; es cortés. Inspira un respeto frío y distante.

Pero es un hombre muy peligroso. Si fuera primitivo y brutal, sería un criminal, un asesino. Pero es sutil y cruel. Alcanzaría un alto nivel en un régimen nazi. Necesitaría hombres como él: intelectuales y despiadados. Pero el Sr. C no nació nazi. Es el producto de una democracia que predica hipócritamente la igualdad social y practica un esnobismo despreocupado y brutal. Es un hombre sensible y talentoso que ha sido humillado hasta el nihilismo. Se reiría al ver rodar cabezas.

Creo que el joven D es el único nazi de nacimiento en la sala. El joven D es el hijo único y mimado de una madre cariñosa. Nunca le han traicionado en su vida. Pasa su tiempo jugando a ver qué puede hacer para salirse con la suya. Lo arrestan constantemente por exceso de velocidad y su madre paga las multas. Ha sido despiadado con dos esposas y su madre paga la pensión alimenticia. Pasa su vida en busca de sensaciones y teatralidad. Es completamente desconsiderado con todos. Es muy guapo, de un modo vacuo y arrogante, y excesivamente vanidoso. Sin duda se imaginaría a sí mismo con un uniforme que le diera la oportunidad de pavonearse y dominar a los demás.

La Sra. E se volvería nazi con la misma seguridad con la que uno nace. ¿Te sorprende esa afirmación? La Sra. E parece tan dulce, tan pegote, tan intimidada. Es masoquista. Está casada con un hombre que nunca deja

de humillarla, de dominarla, de tratarla con menos consideración que a sus perros. Es un científico destacado, y la Sra. E, que se casó con él muy joven, se ha convencido de que es un genio, y que hay algo de feminidad superior en su total falta de orgullo, en su devoción perruna. Habla con desaprobación de otras esposas «masculinas» o poco devotas. Su marido, sin embargo, se aburre muchísimo de ella. Él la descuida por completo, y ella busca a otra persona con quien derramar su extática humillación. Se excitaría complacida, ante el primer héroe popular que proclame la subordinación básica de las mujeres.

Por otra parte, la Sra. F nunca se volvería nazi. Es la mujer más popular de la sala, guapa, alegre, ingeniosa y llena de las más cálidas emociones. Hace diez años, era una actriz popular; casada felizmente; rápidamente tuvo cuatro hijos, uno tras otro; tiene una casa encantadora. No es rica, pero no le importa el dinero. Nunca se ha apartado de su despreocupada profesión, y está llena de buena salud y sentido común. Todos los hombres intentan coquetearle; ella se ríe de todos ellos y su marido se divierte. Se ha valido por sí misma desde que era niña, ha ayudado enormemente a la carrera de su marido —él es abogado—, adornaría cualquier salón, de cualquier capital y es tan estadounidense como el helado o el pastel.

II

¿Y qué me dices del mayordomo, que sirve las bebidas? Miro a James graciosamente. Él está a salvo. James ha sido mayordomo de la más alta aristocracia, considera a todos los nazis advenedizos y comunistas, y tiene un muy buen sentido para la «gente de calidad». Sirve al tranquilo editor, con ese aire amistoso de igualdad que los buenos sirvientes siempre muestran, hacia aquellos a quienes consideran lo suficientemente buenos para servir, y sirve al caballero caballuno con rigidez y frialdad.

Bill, el nieto del chofer, está ayudando a servir esta noche. Él es producto de la escuela pública y secundaria del Bronx. Trabaja de noche para financiarse en el City College, donde estudia ingeniería. Es un «proletario», aunque nadie lo adivinaría si lo viera sin esa bata blanca. Juega excelentemente tenis —ha sido profesor de tenis en complejos turísticos de verano—, nada magníficamente, saca sobresalientes en sus clases y piensa que Estados Unidos está bien, y que no hay que dejar que nadie diga lo contrario. Tuvo un breve período de comunismo en el Congreso de la Juventud, pero fue como el sarampión. No

fue reclutado, porque sus ojos no son lo suficientemente buenos, pero quiere diseñar aviones, «como Sikorsky». Piensa que Lindbergh es «sólo otro piloto con buena preparación física y una esposa rica» y que «siempre está menospreciando a Estados Unidos, como si no pudiéramos derrotar a Hitler aunque quisiéramos». En ese momento Bill resopla.

El Sr. G es un joven muy intelectual, que en su infancia, fue un niño prodigio. Se ha interesado por las ideas generales desde los diez años y tiene una de esas mentes que pueden racionalizarlo todo de manera brillante. Lo conozco desde hace diez años y durante ese tiempo lo he escuchado explicar con entusiasmo a Marx, el crédito social, la tecnocracia, la economía keynesiana, el distributismo chestertoniano y todo lo que uno pueda imaginar. El Sr. G nunca será un nazi porque nunca será nada. Su cerebro opera de manera bastante separada del resto de su aparato. Sin embargo, seguramente sería capaz de explicar y disculpar plenamente el nazismo si alguna vez se presenta. Pero el Sr. G es siempre un «desviacionista». Cuando jugó con el comunismo, era trotskista; cuando hablaba de Keynes lo hacía para sugerir mejoras. Las ideas económicas de Chesterton las encontraba bien, pero él estaba demasiado apegado a la filosofía católica. De modo que podemos estar seguros,

de que el Sr. G sería un nazi con los labios fruncidos. Sin duda sería purgado.

H es historiador y biógrafo. Es estadounidense de ascendencia holandesa, nacido y criado en el Medio Oeste. Ha estado enamorado de Estados Unidos toda su vida. Puede recitar capítulos enteros de Thoreau y volúmenes de poesía estadounidense, desde Emerson hasta Steve Benet. Conoce las cartas de Jefferson, los artículos de Hamilton y los discursos de Lincoln. Es coleccionista de muebles antiguos estadounidenses, vive en Nueva Inglaterra, tiene una granja como pasatiempo, no pierde mucho dinero en ella, y detesta las fiestas como ésta. Tiene un sentido del humor obsceno y varonil, es poco convencional y perdió una cátedra universitaria debido a una aventura amorosa. Después se casó con la dama y vivió feliz para siempre como pago del pecado.

H nunca ha dudado ni por un instante de su auténtico americanismo. Éste es su país, y lo conoce desde Acadia hasta Zenith. Sus antepasados lucharon en la Guerra de la Independencia y en todos los conflictos posteriores. Es, sin duda, un intelectual, pero un intelectual que huele ligeramente a establos de vacas y a tweeds húmedos. Es el hombre más bondadoso y afable que existe, pero si alguien alguna vez intenta convertir este país en una imitación de los sistemas de Hitler, Mussolini o Petain, H

agarrará un arma y peleará. Aunque el liberalismo de H no le permita decirlo, su convicción secreta es que nadie cuyos antepasados no hayan estado en este país desde antes de la Guerra Civil, entiende realmente a Estados Unidos, o lucharía realmente con él contra el nazismo o cualquier otro «-ismo» extranjero en un enfrentamiento.

Pero H se equivoca. Hay otra persona en la sala que lucharía junto a él, y ni siquiera es ciudadano estadounidense. Es un joven emigrado alemán, a quien traje a la fiesta. La gente en la sala lo mira con recelo porque es tan germánico, tan rubio, tan de ojos azules, y tan bronceado, que de alguna manera esperas que lleve pantalones cortos. Se parece al modelo de un nazi. Su inglés es deficiente: lo aprendió hace sólo cinco años. Proviene de una antigua familia de Prusia Oriental. Fue miembro del Movimiento de la Juventud de posguerra y después del *Reichsbanner* republicano. Todos sus amigos alemanes se hicieron nazis, sin excepción. Se fue caminando a Suiza, sin ni un peso, y allí prosiguió sus estudios del Nuevo Testamento en griego Estudió con el gran teólogo protestante Karl Barth, llegó a Estados Unidos gracias a la ayuda de un amigo estadounidense a quien había conocido en la universidad. Consiguió un trabajo enseñando los clásicos en una elegante escuela privada. Renunció y ahora está trabajando en una fábrica

de aviones, en el turno de noche para fabricar aviones y enviarlos a Gran Bretaña para derrotar a Alemania. Ha devorado volúmenes de historia estadounidense, se sabe a Whitman de memoria, y se pregunta por qué tan pocos norteamericanos han leído realmente los periódicos federalistas. Cree en los Estados Unidos de Europa, en la Unión del mundo angloparlante y en la futura revolución democrática en todo el mundo. Cree que Estados Unidos es el país de la *Evolución Creativa*, una vez que se deshaga de su complacencia de clase media, de su industria burocratizada, de su gobierno en expansión y tentacular, y se libere internamente.

La gente en la sala piensa que no es estadounidense, pero es más estadounidense que casi cualquiera de ellos. Ha descubierto América y su espíritu es el espíritu de los pioneros. Está furioso con América porque no se da cuenta de su fuerza, belleza y poder. Habla de los trabajadores de la fábrica donde trabaja... Aceptó el trabajo «para entender la verdadera América». Piensa que los hombres son maravillosos. «¿Por qué ustedes, los intelectuales estadounidenses, nunca llegan a ellos? ¿Hablar con ellos?».

Sonrío amargamente para mis adentros, pensando que si alguna vez entráramos en guerra con los nazis, probablemente lo internarían, mientras que el Sr. B, el

Sr. G y la Sra. E estarían propagando el derrotismo en todas las fiestas como ésta. «Por supuesto que no me gusta Hitler, pero...».

El Sr. J de ahí, es judío. Es un hombre muy importante. Inmensamente rico: ha hecho una fortuna gracias a una docena de puestos en juntas directivas de varias empresas, a un matrimonio fabuloso, a un talento especulativo y a un don innato para el dinero y un amor innato por el poder. Es inteligente y arrogante. Rara vez se relaciona con judíos. Deplora cualquier mención de la *cuestión judía*. Cree que Hitler «no debiera ser juzgado desde el punto de vista del antisemitismo». Piensa que «los judíos deberían ser reservados en todas las cuestiones políticas». Considera a Roosevelt «un enemigo de los negocios». Piensa que «fue un duro golpe para los judíos, que Frankfurter hubiera sido nombrado miembro de la Corte Suprema».

El saturnino Sr. C, el verdadero nazi en la sala, entabla con él una conversación atenta y halagadora. El Sr. J está totalmente de acuerdo con el Sr. C. El Sr. J definitivamente se siente atraído por el Sr. C. Hace todo lo posible para preguntarle su nombre. Nunca se habían conocido antes. «Un hombre muy inteligente».

El Sr. K, contempla la escena con sus tristes ojos expresivos. El Sr. K también es judío. El Sr. K es un judío

del sur. Habla con un acento sureño. Cuenta historias inimitables. Hace diez años era dueño de un negocio muy próspero que había creado desde cero. Lo vendió por un buen precio, instaló a sus parientes indigentes en el negocio y ahora disfruta de unos ingresos propios de unos cincuenta dólares semanales. A los cuarenta años empezó a escribir artículos, sobre lugares extraños y apartados de la vida estadounidense. Un hombre soltero y triste que hace reír a todos. Viaja continuamente, y conoce América desde mil facetas diferentes y la ama de una manera tranquila, profunda y sin ostentación. Es un gran amigo de H, el biógrafo. Al igual que H, sus antepasados han estado en este país desde mucho antes de la Guerra Civil. Siente atracción por el joven alemán. Poco a poco se encuentran juntos en el salón: el impecable caballero de Nueva Inglaterra, el compatriota e intelectual del Medio Oeste, la mujer feliz a quien los dioses aman, el joven alemán, el tranquilo y sereno judío del Sur, y al otro lado están los demás.

El Sr. L acaba de llegar. Es un león en estos días. Mi anfitriona estaba muy nerviosa cuando me dijo por teléfono: «... y L viene. Ya sabes que es muy difícil conseguirlo». L es un líder sindical muy poderoso. «Querida, es un hombre del pueblo, pero realmente fascinante». L es un hombre del pueblo, tan fascinante como el caballuno,

vicepresidente del banco, amigo en busca de trabajo, y por las mismas razones y de la misma manera. L pronuncia discursos sobre el *tercio de la nación*, y L ha hecho algo muy bueno defendiendo a los oprimidos. Tiene el mejor coche de todos los presentes en esta sala. El salario no significa nada para él, porque vive de una cuenta de gastos. Está de acuerdo con los más grandes y poderosos industriales del país, en que es asunto de los fuertes mandar a los débiles, y ha convertido la negociación colectiva, en una obligación legal para designarlo a él o a sus secuaces como agentes de los trabajadores, con el poder de imponer impuestos sobre los sobres de pago y hacer lo que quieran con el dinero. L es el nazi nato más fuerte en esta habitación. El Sr. B lo mira con desprecio, matizado por odio. El Sr. B lo utilizará. L ya está repitiendo como un loro, los discursos de B. Tiene el cerebro de un Neandertal, pero tiene un instinto infalible de poder. En una conversación privada denuncia a los judíos como *parásitos*. Nadie le ha preguntado jamás cuáles son las funciones creativas de un agente altamente pagado, que toma un porcentaje del trabajo de millones de hombres, y lo distribuye donde y como pueda aumentar su propio poder político.

III

Es divertido —y macabro—, este juego de salón de *¿Quién se vuelve nazi?*. Y simplifica las cosas, planteando la pregunta en relación con personalidades específicas.

La gente amable, buena, feliz, caballerosa y segura nunca se vuelve nazi. Puede ser el amable filósofo cuyo nombre está en el Libro Azul, o Bill del City College a quien la democracia le dio la oportunidad de diseñar aviones, ellos nunca los podrás convertir en nazis. Pero el intelectual frustrado y humillado, el especulador rico y asustado, el hijo mimado, el tirano laboral, el tipo que ha alcanzado el éxito oliendo el viento, todos se volverían nazis en una crisis.

Créanme, la gente buena no se vuelve nazi. Su raza, color, creencia o condición social no es el criterio. Es algo que hay en ellos.

Aquellos que no tienen nada en ellos que les diga lo que les gusta y lo que no les gusta —ya sea crianza, felicidad, sabiduría o un código, por anticuado o moderno que sea—, se vuelven nazis. Es un juego muy divertido. Pruébalo en la próxima fiesta a la que vayas.

Traducción del artículo publicado en la edición de agosto de 1941 de la revista *Harper's Magazine*, "Who Goes Nazi".

En él se reflexiona sobre qué tipos de personalidad son más susceptibles al nazismo, un artículo que es tan actual como hace 80 años, debido al auge de la ultraderecha, que respaldada por las grandes empresas tecnológicas y las personalidades de la fiesta aquí relatada que fácilmente serían parte de un Cuarto Reich, quieren sumirnos en la dictadura del capital.

Tiempos oscuros asechan, y entre todos debemos y podemos

HACER LUZ

N O T A S

¿QUIÉN SE VUELVE NAZI?
PRIMERA EDICIÓN noviembre 2024

TÍTULO ORIGINAL
Who Goes Nazi?

Originalmente publicado por
HARPER'S MAGAZINE, agosto 1941

©© de la traducción, 2024
René Bon Martínez

©© de esta edición, 2024
Editora 5079

¿Quién se vuelve nazi? ©© 2024
Editora 5079

Licencia CC BY-NC 4.0.
Para ver una copia de esta licencia visita
http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/

EDITORA 5079

DOROTHY THOMPSON — *¿Quién se vuelve nazi?*